MUJERES DE HOJALATA

Eloísa Martínez Santos

Primera edición, diciembre de 2019
© Eloísa Martínez, 2019

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-18148-17-0
IBIC: FF

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

Mujeres de hojalata

Eloísa Martínez Santos

avant
editorial

La hojalata se deforma pero no se rompe.
Gracias por la frase, Campillo.

Para todas las mujeres de hojalata que supieron vivir
sus sueños y convertirlos en retazos de su existencia.

Mi agradecimiento a las personas que
durante estos años de creación me ayudaron a seguir,
aguantaron mis cambios de humor,
y fueron pacientes respondiendo a las preguntas que les hice.

Clara, las correcciones no se reciben igual
cuando las sientes impregnadas de interés y cariño.

Aurelio, gracias por ocupar tu tiempo con la lectura
de estas páginas y tus siempre oportunos comentarios.

Carlos, tus repetidas regañinas envueltas en frases
de fina ironía, además de hacerme sonreír,
sin duda han servido para mejorar el contenido de esta novela.

PRÓLOGO

El curioso lector que observa la multicolor oferta de libros que se le ofrecen, sin una idea preconcebida de la novela que se va a llevar a casa, interpretará el mensaje no escrito de las portadas de los libros, su título —quizás síntesis de su contenido— y también, el lugar donde se ha colocado: «Libros más vendidos» —me resisto a emplear el anglicismo al uso—, «novela histórica», «novedades», «ciencia ficción», «novela negra»... El árbol de la narrativa se ha hecho tan frondoso que de su tronco cuelgan todas las ramas anteriores y muchas más. Las narraciones noveladas de experiencias bélicas, en este siglo XX, en España, y en Europa, ha sido quizá el tema que más ha hecho crecer este árbol, en narraciones próximas a la biografía del autor.

Los autores de novelas españolas de los últimos años, parecen estar más obsesionados por analizar el pasado que de tratar los problemas actuales de una sociedad tan cambiante, tan cambiada en los últimos cincuenta años, como la española. Junto a ese conjunto de novelas que reflejan la España en guerra, aparece una extensa bibliografía de novela histórica que podríamos decir de evasión de los problemas actuales.

Fueron novelas de culto *El Jarama*, de Ferlosio; *Tiempo de silencio* de Martín Santos y el *Pascual Duarte* de Cela, porque reflejaban cómo era la sociedad española en el momento en que fueron publicadas. Por ello, muchos críticos literarios expresan la idea de que los problemas de la actualidad no están novelados.

Son estos problemas, el paro, la drogadicción, las nuevas relaciones de pareja, la emancipación de la mujer, el nuevo papel masculino, la emigración, los nuevos movimientos racistas-nacionalistas, la juventud desocupada, las masas de individuos a quienes el progreso tecnológico

e informático ha convertido en marginados sociales, los aún no novelados.

¿Dónde situaremos la novela *Mujeres de hojalata* dentro de este complejo universo narrativo?

En primer lugar, la novela está escrita por una mujer: Eloísa Martínez Santos. Forma parte de un conjunto de escritoras que trasmiten su forma de ver el mundo, sus sentimientos y deseos, de forma directa, sin un intérprete-autor, masculino.

Efectivamente, la autora, ya tiene tras de sí una serie de mujeres de éxito en el mundo de la literatura y de la novela en particular, de igual forma que en otros ámbitos de la vida social que le estaban vedados.

Estamos acostumbrados a leer novelas en las que la mujer es objeto del deseo de uno o varios personajes masculinos, a tramas de triángulos amorosos. El mundo que nos presenta la autora se aleja de estos esquemas. Las mujeres de *Mujeres de hojalata* son una saga familiar que permite a la autora desarrollar el papel de la mujer en más de un siglo, como protagonista, en contraste con la idea preconcebida que el lector hubiera imaginado al leer el título.

En la sociedad patriarcal, la mujer aparece como ser subalterno.

La última mujer de esta saga familiar femenina, eje de la novela, que ha rechazado los valores de las generaciones de mujeres que la han antecedido, que se ha independizado, que cambia de país, que triunfa en los negocios, llega a Madrid a hacerse cargo de una herencia familiar y descubre los secretos de su pasado familiar. La autora emplea el recurso del manuscrito encontrado como hiciera Cervantes, o Cela. Todas esas mujeres han superado el corsé de la sociedad patriarcal. Una, levanta de la ruina su blasonada casa casándose con marido rico, pero «mantuvo una relación apasionada con el jornalero» que había rechazado por pobre. Otra, busca marido bondadoso y conformista para borrar la deshonra de la hija embarazada. La protagonista de la novela, Carmen, dice de Richard, uno de sus amantes que: «*Le hierve la sangre la blandura de carácter de Richard, lo aguanta por su maestría en la cama... le gusta porque es sumiso...*» y de su otro amante, Anthony, que *«le aporta categoría en una sociedad cerrada a los extranjeros mediocres, ella soñaba con pertenecer al club de los privilegiados y él le abrió las puertas.. No le pareció excesivo pago entregarse a unos besos insípidos...».*

El único hombre al que añora es aquel al que no pudo conservar y siguió otro camino. El hombre al que no pudo someter.

En esta novela, el hombre es un personaje subalterno, utilizable, quizás reflejo de la inseguridad masculina actual ante una mujer independiente, inconformista, reivindicativa de derechos e iniciativas; no quiere ser más el descanso del guerrero.

Carmen, el personaje central de la novela, la última de la saga familiar, rechaza con ímpetu de adolescente lo que piensa han sido su madre, su abuela, la bisa, la tata. Representa la ruptura generacional. Se independiza, huye del núcleo familiar, se establece en el extranjero, triunfa en los negocios y conforma su vida con esquemas masculinos: fuma, bebe whisky, conquista hombres a conveniencia y ejerce el control de sus subordinados.

La autora se esmera en trazar una etografía de su personaje sin dibujar un retrato completo. Un acontecimiento trivial: hacerse cargo de una herencia en Madrid la hace regresar después de muchos años. La ciudad cobra protagonismo. Lo que iba a ser un viaje de trámites para vender un piso y romper definitivamente con su pasado, se alarga, se demora mientras lee las memorias de su tía, que son la novela en sí. Un autor omnisciente nos cuenta el viaje de Carmen, y el manuscrito hallado la verdadera vida de las mujeres que no son tan de hojalata como la protagonista había pensado. Ella misma sigue sus pautas de manejo de las situaciones vitales.

Interpreto que la autora ha querido resaltar el poder que siempre ha tenido la mujer ordenando la vida en muchas ocasiones desde un segundo plano y que en la última época ha pasado a ocupar niveles de igualdad. Nuestra sociedad ha sido muchas veces más matriarcal que patriarcal.

La protagonista, Carmen, que regresa a España cuando su juventud declina, aunque su poder económico, su independencia y poder de decisión han alcanzado el nivel de sus máximas ambiciones, siente el deseo de ejercer ese otro poder de las mujeres: ser madre. Vive esa crisis de quien ve que va a pasar una frontera sin retorno.

El lector piensa: ¿utiliza a su nueva pareja para ser madre, o se ha enamorado de veras? La trayectoria de las mujeres de la saga familiar ha sido utilizar a los hombres. Es lícita la sospecha. ¿Se sentirá ese hombre abandonado afectivamente cuando Carmen haya logrado su última meta?

Los cuentos infantiles y las novelas rosa terminan con un desenlace feliz, amoroso. Pero la novela de las verdaderas y conflictivas relaciones humanas, comienzan ahí.

¿Nos contará Eloísa Martínez Santos en otra novela cómo se desarrolla la vida de la triunfadora empresaria Carmen, asumiendo el papel de esposa y de madre?

Aurelio Rodríguez

EL REGRESO

«En quince minutos aterrizaremos en el aeropuerto Adolfo Suárez», informa la voz del auxiliar de vuelo.

Estoy de acuerdo con usted. La vida es una larga caída, Marcos. Lo más importante es saber caer. En eso se equivoca Jöel Dicker, piensa Carmen mientras cierra el libro, lo importante para ella es no caer. Eso nunca, aunque las dificultades se multipliquen, los mejores aguantan y esa actitud es lo que les diferencia de los mediocres. Uno de los motivos por los que no soportaba a su familia era su manera de aceptar lo que viniera sin rebelarse, resignados con su suerte. Ella nació diferente. *La verdad sobre el caso Harry Quebert* es la primera novela que lee de este autor. La terminará en el viaje de vuelta, dentro de dos días; no piensa dedicar más tiempo a una herencia que le causa más trastorno que beneficio. Al fin y al cabo qué le supone a ella recibir unos pocos miles de euros si en contrapartida tiene que hacerse cargo de un piso viejo, del que salió hace casi tres décadas con ansias de libertad, harta de la tutela de una familia que odiaba y con ganas de no regresar jamás. Lo que daría por fumarse un cigarrillo. No le gusta dejar sus tareas en otras manos. Hasta los empleados reconocen que cuando ella falta, todo se ralentiza, sin presión, se escaquean —se lamenta, retocándose el carmín y mostrando los dientes al espejo de aumento que siempre lleva en el bolso—. Richard y sus argumentos sentimentales la metieron en este lío; que si se lo debía a su tía porque siempre la ayudó, que si era el piso familiar, que si ella querría recuperar objetos entrañables... bah, tonterías. Coloca la mano sobre la rodilla para controlar el movimiento de su pierna derecha. Dará carpetazo al asunto en cuanto ponga los pies en Madrid,

la inmobiliaria se hará cargo de la venta, lo que haga con los muebles, la ropa y lo que en el piso encuentren, la trae sin cuidado. Está decidido, regresará a Boston en un par de días. Bastante trastorno le supone estar en ese avión en lugar de en sus cocinas revisando platos. Aquel es su sitio, no éste.

Adolfo Suárez... así llaman ahora al aeropuerto de Barajas. Recuerda muy bien la imagen del hombre que presidió el gobierno en España durante la transición, sobre todo porque fue uno de los amores platónicos de la loca de su madre. Frase del presidente que se hacía popular, como aquel «Puedo prometer y prometo», su madre la grababa en punto de cruz y, después, la enmarcaba. Ya ves, su madre, que nunca fue capaz de coserle un botón del uniforme escolar, se dejaba los ojos en las dichosas frases que solo servían para que las paredes de los dormitorios se asemejaran a portadas de periódicos. Así cómo iba a tener amigas Carmen, solo Cándida y porque vivía en la casa de enfrente. Y es que, aunque eran unas crías, no les pasaba desapercibida la panda de chiflados que ella tenía por familia. A su madre le importaba mucho más conocer los pasos que daba «mi presidente», decía embelesada, que las rodillas desolladas de su hija. Su presidente, su peine, su hortensia, su costurero, su vaso... todo era suyo, menos la hija. Carmen mueve la cabeza ahuyentando la rabia y se atusa el flequillo, el rictus de sus labios dirigidos hacia abajo le da un aire de amargura que no se corresponde con la viveza de sus ojos oscuros. De niña estaba convencida de que todas las desgracias caían en esa puñetera casa. Qué largo se le está haciendo el descenso. Su madre solo servía para llorar y armar bronca. Pensar en ella le altera, vuelve la rabia, aún siente rencor. Se preocupó más por el gorrión caído de un árbol que de la brecha que ella se hizo al resbalar del columpio del parque; su madre estaba ocupada acariciando al gorrión y dándole ánimo —lleva la mano a la cicatriz apenas perceptible que cruza su frente—. Pide un Dry Martini, la azafata le responde que ya no es posible, lo que aumenta su mal humor. Repasa sus uñas, no le convence el color anaranjado ni la forma cuadrada, le raspan un poco, todo son pegas. Tiene ganas de llorar y no sabe por qué.

Ha parado el temblor en su pierna y hasta sus ojos rejuvenecen al contemplar su *shopper* de Prada, guarda en él la *tablet* y con mimo lo coloca en el respaldo de su asiento, lujos de viajar en primera clase. Sacude con suavidad el pantalón, como recién estrenado, le gusta sentir la caída lánguida del *crepé*. No necesita espejo para saber que está perfecta. Un acierto la camiseta de seda, ni huella de las horas de vuelo, y en los pies,

como siempre, Salvattore. En cuanto llegue al hotel se pondrá a contestar e-mails de proveedores y los wasaps de Margaret. Eligió bien, como siempre. Margaret es eficiente y rápida, perfecta para encargarse de las tiendas. Siente los ojos cansados, los cierra. Aún no ha aterrizado y ya está arrepentida de haber hecho caso a Richard: «No puedes incumplir la última voluntad de tu tía Alicia». Y encima tuvo el mal gusto de recordarle que fue Alicia quién pago su primer vuelo a Boston, además de financiarle los dos años de universidad y la apertura de la primera tienda. Se revuelve en el asiento, estira las piernas, a ver si así dejan de temblar. Le hierve la sangre la blandura de carácter de Richard, lo aguanta por su maestría en la cama. La destreza de sus dedos y su lengua, esa habilidad amatoria capaz de alegrarle todos los sentidos, consiguen hacerle olvidar la simpleza de su mente. Solo cuando le siente dentro cree quererle un poco. También le gusta porque es sumiso y sabe escuchar. El caso es que ella está a punto de aterrizar en Madrid para vender un maldito piso de mierda y recibir cuatro euros de herencia. Una pérdida de tiempo que además la lleva a recordar escenas familiares que creía olvidadas. Margaret es la única persona que la entiende, entre ellas sobran las palabras, una mirada, una indicación y se pone en marcha. Será su sucesora, está decidido. Claro que, para que eso ocurra faltan décadas. Ya estarán echándola de menos, sin ella no son capaces de mover un tenedor de su sitio.

El avión desciende lento. Las ganas de fumar aumentan.

Recuerda la primera y única vez que vio al presidente Suárez. Paseaba con su madre, debía ser agosto porque hasta en Ávila hacía calor. Salió de un restaurante, lo esperaba el chófer en el coche. Al verlo, su madre la soltó de la mano y salió disparada hacia él. Carmen, entonces un retaco, corrió detrás de ella. «Le admiro profundamente», o algo así de cursi soltó su madre embelesada, con las mejillas encendidas y, para colmo, se echó a llorar como lo haría una adolescente al pedir el autógrafo a su cantante preferido. Suárez se lo agradeció con su voz de locutor y le estrechó la mano. Durante semanas, cada vez que lo contaba, su madre se besaba el dorso con fervor casi religioso.

«Por qué lloras, mamá», le preguntó mientras veían alejarse el coche negro con bandera de España. La respuesta de su madre fue un suspiro sonoro y largo, la tomó de la mano y siguieron acercándose a la muralla. Esa tarde su madre estuvo aún más taciturna que de costumbre. Para animarla, ella cantó la canción del barquito que tanto le gustaba, ni caso, tampoco consiguió su atención al fingir caerse del banco

donde se sentaron. Observa por la ventanilla como desciende el avión, aún queda para aterrizar y ella se muere de ganas por pillar un cigarrillo. Mira las nubes, busca formas en ellas, cualquier cosa que la distraiga de su pasado le vale. Siente pánico ante la perspectiva de enfrentarse a unos recuerdos que por nada del mundo desea recuperar.

La auxiliar de vuelo insiste en la imposibilidad de otro Dry Martini. Carmen la fulmina con la mirada y zanja la conversación girándose bruscamente hacia la ventanilla. ¿Dónde guardó el pasaporte? Revuelve en el bolso.

Alicia... Hasta el último año recibió Carmen la felicitación de cumpleaños en una de esas cursis tarjetas rosas que empleaba su tía. Ya ni se molestaba en contestar. «Alicia en el país de los significados», la llamaba su padre, el abuelo Lázaro. La muy terca, un día se levantó y entre sorbo de café y galleta María untada de mantequilla, anunció a la familia su decisión de quedarse soltera. Unos días antes había cumplido los veinte años, así que los demás pasaron de ella y continuaron con el café, hablando de política y fútbol; así se lo contó Alicia una tarde de confidencias. Y cumplió su promesa.

«En esta casa el amor significa sufrimiento», sentenció Alis y siguió leyendo. Por entonces, Carmen andaba enamorada de Adolfito, el chaval que rompía cristales con el balón, y se lo contó entusiasmada a su tía.

«Déjale en paz, ni se te ocurra ir en su busca. El amor atonta, Carmencita, eso tienes que saberlo, y tú estás en edad de ir muy espabilada por la vida». Para su tía lo único que merecía la pena a los catorce años era sacar sobresaliente en todas las asignaturas.

«Pero Alis, es que yo quiero que lo sepa, no puedo vivir sin él, voy a morir de amor».

A los quince, volvió a morir de amor. La melena rubia y rizada del hermano mayor de su amiga Cándida, la encandiló. Cada vez que el chico soplaba el flequillo para retirárselo de los ojos, a Carmen se le movían los intestinos y el corazón le galopaba hasta dejarla muda. Esa vez Alicia fue aún más dura. «Eres muy enamoradiza; llorarás por los hombres». «¡No lloraré! ¡Los enamoraré!», gritó, y salió a todo correr de la habitación de costura. Y cuando iba por mitad de aquel largo y oscuro pasillo que dividía la casa en dos, se volvió y le espetó a su tía: «A ti no te ha querido nadie, eso es lo que te pasa». Pero Alis no se achantó. «Te equivocas, pequeña sabionda. Decidí no sufrir».

Al contrario de la caverna laberíntica que regía la conciencia de su madre, la filosofía de Alicia se basaba en comprender, mostraba interés por todo.

Carmen limpia el cristal de la ventanilla, su vaho lo ha vuelto borroso. «Bah, se escudaba en una fingida seguridad para creerse dueña de su persona, en el fondo, como las otras», murmura. El viajero del asiento contiguo se vuelve hacia ella interrogándole con la mirada.

Recuerdos aparentemente olvidados que ahora pugnan por salir mientras el avión roza tierra. Para Alicia cada hecho iba acompañado de un texto ya escrito en el libro de la vida. «Nuestra tarea es descubrir el significado. Existimos en una espiral, solo nos pertenece el presente, sin embargo, en el pasado radica el aprendizaje para crecer y crear el futuro», aseguraba convencida. Felicitaba las navidades con tarjetas verdes. Las grises llevaban siempre el nombre de una ausencia. Alicia murió la última, mientras dormía, «se merecía una muerte plácida acorde a su vida plana», dijo Carmen al recibir la noticia. Richard la abrazó.

«Eres una Arrellano, le recordó su tía en el aeropuerto el día de su partida. Te sobran dotes de mando y capacidad de trabajo. No aniquiles tu energía ni desgastes tu fuerza en empresas carentes de continuidad. Tu voluntad, Carmencita, es a prueba de pruebas, y lejos de la familia, conseguirás cuanto te propongas. Vivirás en una de esas preciosas casas de Cambridge, me lo dice el corazón». Carmen respondió que de Arrellano nada, ella era Cifuentes y que lo conseguiría.

Aquella fue la última vez que vio a toda la familia reunida.

Cierra de nuevo los ojos.

No compró en Cambridge, prefirió una casa victoriana en Beacon Hills. Antes había renunciado a convertirse en una neuróloga mediocre. Dejó los estudios cuando comprendió que nunca conseguiría estar a la altura de los *best* en medicina. Nada le importó el sufrimiento que entrañó para Alicia conocer y aceptar su decisión. Era su vida e iba a vivirla a su manera. Aquel año la tarjeta verde de Navidad llegó casi en primavera. Aún destilaba decepción. «Me interesa más mejorar mi mundo que el de los demás», respondió, y zanjó el asunto. Aprovechó su buena mano para la cocina, heredada de las mujeres de su familia y la creatividad demostrada por todas ellas frente a los fogones, para convertirse en w*orking girl,* la revelación del año. Cuando necesitó dinero para ampliar, llegó la negativa de Alicia, no pensaba avalarla, entonces ella le recordó que el olor de las albóndigas familiares abría todas las ventanas de Alcalá 174 en pleno invierno. «Tú verás», fue la respuesta.

Días más tarde llegó una transferencia que superaba lo pedido y nunca volvieron a hablar de la universidad.

Daría lo que fuera por un Dry Martini, mezclado, no agitado, como diría James Bond, al menos fumar un pitillo. Pasa la azafata y ni lo intenta. «Regresar ha sido un error», se repite.

Ganó más dinero en diez años del que la bisa consiguió reunir en toda una vida dedicada a trabajar hasta el agotamiento, y eso que, según contaban, supieron sacar tajada de la guerra. Nunca dudó de su éxito, cada vez que visualizaba la imagen de un escaparate bellamente decorado con platos humeantes, coloristas y recién cocinados, sabía que lo alcanzaría. Tardó meses en darle forma y cuando lo consiguió, comprendió que ese era su destino, el que había elegido para convertirse en una triunfadora. Y así se lo contó a Margaret cuando le ofreció el puesto de encargada. Quería que su ejemplo fuera el incentivo que impulsara a los demás a dar lo mejor de sí mismos, a superar el reto diario, por eso se exigió mostrar en todo momento un *look* de triunfadora; siempre impecable y segura de sí misma. En su equipo solo aceptaba la excelencia, Carmen Cifuentes no había nacido para transitar por carreteras de segundo orden.

¡*Land*! Le gusta sentir el golpetazo de las ruedas del avión al tocar tierra. Nadie la espera. Al salir del avión ignora las sonrisas de despedida de los auxiliares de vuelo.

MADRID

Suda el taxista para colocar las tres Vuitton rojas en el maletero. Mientras, Carmen fuma con ansia su segundo pitillo. Un sol más propio de mayo que de un veintiuno de diciembre se alía con ella para que estrene las gafas que compró en el aeropuerto de Boston. Huele a contaminación. Le pide al taxista que primero pase por el Palace, quiere dejar las maletas antes de seguir hasta Alcalá, 174.

Enfilan la autopista, y el pellizco en el estómago le vuelve a molestar. Se siente extraña en su ciudad.

Que su nacimiento coincidiera con la llegada del Apolo XI a la luna y que, fiel cumplidora de la tradición de las mujeres Arrellano, echara por tierra los pronósticos del tocólogo y naciera antes de lo previsto, el día de la Virgen del Carmen, convirtiéndose en una Cáncer más, lo celebró la familia como un augurio de buena suerte. Algo grande le tenía reservado el destino a la más pequeña de las Arrellano. Vivían todos juntos: la bisa, los abuelos, sus padres y la tía Alicia. Qué hartazgo oír tantas veces a su madre decir que fue engendrada mientras el mayo del sesenta y ocho se convertía en historia y Vietnam en la última guerra que conoceríamos.

A los pocos minutos de emprender la marcha se percata de que el taxista cambia de emisora cada rato. El resultado de las elecciones lo convierte en un día importante. El locutor desgrana los datos conseguidos por los diferentes partidos. Dependiendo de si suena la Cope, Onda Cero o la SER, los ganadores varían. Hablan de la noche decisiva, del gran cambio, el PP ha perdido la mayoría absoluta y Podemos ha subido al podio de los elegidos. «No habrá Gobierno en mucho tiempo», afirma con acento castizo el taxista. Carmen aparta los ojos del móvil,

aún le quedan wasaps por responder, se limita a sonreír. Dentro del taxi huele a demasiados cuerpos y esa sensación le produce náuseas.

Acaba de responder unos wasaps, y se fija en el taxista, el pelo con gomina y su figura erguida, de chulapo de verbena, le recuerdan a Manolo Escobar. En la casa, cada vez que sonaba en la radio una de sus canciones, subían el volumen. ¿Cómo se llamaba aquella película con Concha Velasco que tanto les gustaba?, ah, sí, *Juicio de faldas*, la de veces que se la tuvo que tragar. Y la canción... «*yo no sé quién será el que quiere liarme, yo no sé quién será pero van a por mí*». La tararea para sí y se palmea el muslo. Algo parecido decía la letra. Le enervaba oírles cantar, su madre y la bisa hasta bailaban. ¡Qué ridículas eran las pobres! Y qué tonterías se le ocurren pensar, no es ella de perder el tiempo así.

—En este país todos quieren chupar del bote —la voz del taxista la devuelve a la realidad—. Mire usted, aquí todos sabemos mucho, somos más listos que nadie cuando de mangar y mentir se trata, pero lo que se dice tomarnos en serio la política, ni ellos lo hacen. Unos no saben perdonar, ¿sabe usted?, después de tantos años... y siguen dándole caña a la memoria histórica, ¿qué memoria histórica, me pregunto yo, si la mayoría de los vivos no conocimos la guerra civil? Y los otros, ¿sabe usted?, entre corrupción y negarse a negociar lo han jodido, y disculpe usted.

Le disculpa y recuerda que, para peleas, las de sus padres. Empezaban a gritarse y ella corría a cobijarse en los primeros brazos que encontraba. Cuando regresaba del colegio, acercaba la oreja a la puerta y esperaba unos minutos antes de llamar. Si escuchaba voces, prefería sentarse en la escalera hasta que la tormenta pasara. Odiaba la vena peleona de su padre tanto como los alaridos y la histeria de su madre. Temblaba de miedo cuando empezaban a insultarse. Por eso no quería llevar niñas a su casa. Y encima, estaban los olores; los guisos de la bisa mezclándose con Maderas de Oriente, la acetona que utilizaba el abuelo y el sudor ácido de su padre que se volvía insoportable cuando se ponía violento, y la hierbabuena. Ocho personas vivían en un piso más pequeño que el salón de su casa en Beacon Hills.

Mueve la cabeza con pesar, mejor entretenerse reconociendo Madrid. Lo ve muy cambiado, se ha convertido en una ciudad europea puntera por los museos, los espectáculos y la gastronomía, también el fútbol, eso ha leído en la revista del avión y ahora comprueba que es cierto. Le gusta el aire independiente de las mujeres, los escaparates nada tienen que envidiar a los neoyorquinos y la gente transita, quizá

absorta en sus problemas, pero con gesto afable. Las calles conocidas le devuelven al pasado, evoca su llegada del colegio y la tristeza que le producía encontrar a su madre abanicándose y con un gesto perdido; solo la barbilla mostraba algo de orgullo, absorta en su mundo, inaccesible a los demás, incluso a la niña que con la mirada pedía un abrazo que no llegaba todos los días. Tumbada en el sofá esforzándose en leer, pero medio dormida, la tía Alicia le guiñaba un ojo, o le decía que se tumbara a su lado y empezaba a preguntarle qué había hecho en el colegio. Al menos su rostro era risueño, acogedor.

Con la vista puesta en el televisor, pelaba patatas para la tortilla de cada noche la abuela Milagros. Cuando se acercaba a besarla pasaban examen los lazos, el uniforme, las medias caídas, las coletas deshechas... la abuela siempre encontraba algo que criticar. A la bisa la recuerda con su mandil azul oscuro manchado de harina y en la cocina. Abría los brazos para que ella se refugiara en ellos y le daba dos o cuatro besos sonoros, húmedos, calientes y tan cariñosos que Carmen se esponjaba al recibirlos. «Que nadie me moleste mientras hago cuentas», decía. Contaba céntimos y pesetas, hacía paquetes con ellos y sumaba ayudándose de los dedos para contar. Las tardes que tocaban cuentas, se concentraba y nada veía a su alrededor hasta que guardaba en la caja de galletas que tenía en el altillo de su dormitorio, el dinero de las ventas del día.

El abuelo Lázaro, con su barba entrecana, los ojos risueños de color Cola Cao y una solemnidad natural en su rostro, silbaba mientras dibujaba. Ella se acercaba por la espalda y lo abrazaba, era su preferido, él le devolvía el abrazo y le daba unos golpecitos con la escuadra en la cabeza, ella le descolocaba el cartabón y los lapiceros. Era la única que se reía cuando el abuelo limpiaba las gafas a salivazos.

Y luego estaba el *maestrillo cagapoco,* como apodaban al padre de Carmen, el no querido de la familia. El poco tiempo que pasaba en la casa lo utilizaba para echar pestes: «el mundo va hacia su destrucción con tanta libertad... sin disciplina no hay orden...». Por temor a encontrarse con esa situación, pocas veces se atrevió a llevar a casa a su amiga Cándida, aunque era agradable hacer los deberes en compañía.

El locutor pregunta vaguedades a los presidentes de los partidos políticos que han participado en las elecciones. Todos muestran satisfacción por los resultados, todos han ganado. No le interesa. Prefiere contemplar las cuatro torres que, pese a la contaminación, vislumbra a lo lejos. La ciudad no es la misma que dejó. Ella tampoco lo es. «Día que pase en Madrid, día perdido», susurra mientras repasa los correos

electrónicos. En Boston ha dejado a Margaret las indicaciones necesarias para que adelante los postres de primavera; el merengue con frutas deberá estar listo en febrero, hasta el último minuto ha dudado si añadir plátano, demasiado dulce. Ya veremos cómo lo resuelve Margaret. Y con el trabajo que tiene por delante, aquí está, sentada en un taxi con olor a vinagre y aguantando unos comentarios que nada le aportan. Pero claro, Alicia no eligió morir justo cuando está a punto de acabar el mejor año en Carmen's Spain Shop, en Boston y con unas perspectivas excelentes para la tienda de Nueva York. Se presentó la oportunidad de comprar y la aprovechó; cerca de Tiffany, en Lexinton Avenue, junto a la salida del *subway*. Era el momento de arriesgar. Le costó menos llegar al consumidor neoyorquino que hacerse hueco en Boston, donde hasta los locales son totalmente diferentes. Steven decoró la de Broome St., en Little Italy, con su fachada antigua y rodeada de restaurantes. Su preferida por ser la primera. Esa sí que la disfrutó.

Saca el espejo del bolso y comprueba las huellas de ocho horas de vuelo, aunque sea en preferente. Las ojeras le llegan a los pómulos, esa mirada necesita colirio y recordar menos. Por si se encuentra con alguien conocido, se da un toque de rubor, aunque no es probable, las amigas marcharon a otras ciudades o mudaron de barrio, y con la poca familia que aún queda, nunca hubo relación. El taxista la mira por el espejo retrovisor.

«Carmencita tiene alma de comerciante, lo lleva inyectado en la sangre», dijo un día su padre al verla jugar a las tiendas. Su madre levantó la cabeza del bastidor, miró a la niña y siguió bordando iniciales en una sábana. Otra de las tantas que nunca estrenaría.

Ahí está el Palace, un cigarrillo mientras el botones recoge las maletas y las lleva hacia consigna. Tras unos minutos, continúan el trayecto hacia la calle Alcalá.

El atasco en Cibeles le permite observar un Madrid ruidoso, sucio y a la vez palpitante, de tráfico caótico. Le apetece un trago, lo tendría que haber pensado al llegar al hotel, ya no queda otra que aguantar. Le desagrada pensar las cosas tarde y le ocurre con frecuencia últimamente. Ya se desquitará cuando regrese de ver el piso; no le llevará un cuarto de hora.

A su memoria volvieron los años de universidad, unos años que le sirvieron para comprender que entre sus muros no le esperaba ese destino extraordinario del que le hablaba su familia. Convencida de ello salió a buscarlo, se pateó la ciudad, preguntó en cada establecimiento